



Holbach

LA  
IMBIRAL  
L  
NIVE R  
L

BJ1054

H7

V.1

C.1

H723111





1080045743



*Handwritten notes at the top of the page, including the number 1881.*

*174*  
*E#7 C#153*

LA  
MORAL UNIVERSAL.

TOMO PRIMERO.



Capilla Alfonsina  
Bibliotecà Universitaria

Núm. Clas. 170  
Núm. Autor H723m  
Núm. Adg. 37201  
Procedencia -5-  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificó \_\_\_\_\_  
Catalogó 609



*Cota prohibida fo. decreto de  
A. de Julio de 1837.*

17,0  
H.

-----  
Naturá duce utendum est : hanc ratio observat, hanc  
consulit : idem est ergò beatè vivere, et secundùm  
Naturam.

SENECA, de vitâ beatâ, Cap. 8.  
-----



Capilla Alfonso  
Biblioteca Universitaria

LA

# MORAL UNIVERSAL,

ó LOS

## DEBERES DEL HOMBRE

FUNDADOS EN SU NATURALEZA ;

POR EL BARON DE HOLBACH.

TRADUCCION : POR D. M. D. M.

-----  
TEORÍA DE LA MORAL.  
-----

PRIMERA PARTE.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VALLADOLID:

IMPRENTA DE PEDRO CIFUENTES.

AÑO DE 1821.

FONDO BIBLIOTECA UNIV. DE N. LEON  
55253

37201



BJ 1054  
H 7  
V. 1



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

---

## PRÓLOGO.

---

En tantos siglos como hace que el entendimiento humano trabaja sobre la Moral, no vemos que esta ciencia, la mas interesante á los hombres, haya hecho todos aquellos progresos que debíamos prometernos; sus principios estan todavía sujetos á disputas, y los filósofos en todos tiempos han estado poco acordes sobre sus fundamentos. En manos de la mayor parte de los de la antigüedad, la filosofía moral, cuyo objeto es ilustrar igualmente la conducta de todos los hombres, fué en lo general abstracta y misteriosa; y por una fatalidad comun á todos los conocimientos humanos, sin atender á la esperiencia, se dejó guiar desde luego por el entusiasmo y el deseo de lo maravilloso. De aquí las diferentes hipótesis de tantos filósofos antiguos y modernos, que léjos de aclarar la moral, y de hacerla popular, no han hecho mas que rodearla de espesas tinieblas, de suerte que el estudio mas importante al hombre ha llegado á serle inútil por el empeño que se tomó en hacerle impenetrable. Por una debilidad casi comun á todos los primeros sabios, dieron estos á

*Tomo I.*

A



sus lecciones un tono de inspiracion y de misterio , para hacerlas de este modo mas respetables al imbécil y sencillo vulgo.

La antigüedad no ofrece sistema alguno de moral de partes bien unidas ; solo nos presenta en los escritos de la mayor parte de los filósofos , voces vagas é insignificantes , principios sueltos y frecuentemente contradictorios ; en ellos no encontramos sino un corto número de preceptos , bellísimos y muy ciertos á veces , pero desunidos , y que no forman un todo perfecto , ó un cuerpo de doctrina capaz de servir de regla constante en la conducta de la vida.

Pitágoras , que fue el primero que tomó el nombre de *Filósofo* , ó de amigo de la sabiduría , adquirió sus conocimientos misteriosos entre los Sacerdotes del Egipto , de la Asiria y del Indostan ; de él no tenemos sino algunos preceptos oscuros , ó mas bien unos enigmas recogidos por sus discípulos , de los cuales seria muy difícil formar un tratado completo. Sócrates , á quien se tiene por el padre de la moral , se dice que la hizo bajar del cielo para ilustrar á los hombres ; mas sus principios , tales como nos los presentan Xenofonte y Platon , sus discípulos , aunque adornados de un estilo elocuente y poético , solo manifiestan al entendimiento nociones con-

fusas , é imperfectas ideas , hermoseadas con la fuerza de una imaginacion ardiente y exaltada , pero incapaces de producirnos una instruccion sólida y verdadera.

El Estoicismo , con sus máximas fanáticas y feroces , de ninguna manera hizo amable y atractiva la virtud , para los hombres ; las perfecciones imposibles que exigia , solo podian formar del sabio un ente de razon. La moral puramente humana que pretenda sacar al hombre de su esfera , elevarle sobre su naturaleza , hacerle insensible , indiferente al placer y al dolor , impasible á fuerza de razonamientos , y en suma , que le prescriba que deje de ser hombre , podrá muy bien ser admirada por algunos entusiastas , mas nunca podrá convenir á los que , como al hombre , hizo la naturaleza sensibles y sujetos á necesidades y deseos. Los hombres admirarán siempre esta moral austera , reverenciarán á los que la predicán , los mirarán como á unos entes raros y divinos ; pero nunca por sus fuerzas llegarán á practicarla.

Si la moral de Epicuro fuese como nos la representan sus contrarios , que la imputan el haber dado una libre rienda á todas las pasiones , ciertamente no era propia para regular la conducta del hombre ; pero si , como sostienen sus partidarios , estimulaba al hom-



bre á la virtud, presentándola con los nombres de *placer*, de *bien estar*, de *deleite*, es muy verdadera, y nada tiene que temer á las imputaciones de sus enemigos: su único defecto consiste en no haber sido bien esplicada.

¿Que moral podia fundarse sobre los caprichosos y ridículos principios de los cínicos, que solo se proponian llamar la atencion del vulgo con su repugnante impudencia y con su afectada singularidad? La ciencia de las costumbres no podia hacer grandes progresos en la escuela de un Pirron y de sus sectarios, cuyo principio era dudar de las mas claras y evidentes verdades; tampoco podia menos de obscurecerse y de llegar á ser la mas vaga é incierta en Aristóteles, cuyos discípulos á fuerza de distinciones y sutilezas, solo se habian formado, al parecer, el proyecto de embrollar las verdades mas claras y sencillas: sin embargo la doctrina de estos últimos filósofos, sirviendo por mucho tiempo de guia á la Europa, impidió descubrir los verdaderos principios de la filosofía, manteniendo aprisionado al espíritu humano bajo el yugo de una autoridad tiránica, á la que hubo por fuerza de reverenciar como infalible. Entre los escolásticos, solo fue la moral un juego de espíritu y de imaginacion, y un conjunto

de sofismas y de enredos, que hacian casi imposible el descubrimiento de la verdad.

Estas reflexiones ciertas y evidentes nos dan á conocer el juicio que debe formarse de la preocupacion que en tanta veneracion y respeto tiene la sabiduría de los antiguos, así como de la que se persuade que en la moral *todo está dicho*. Se hallará, pues, que los antiguos filósofos no tuvieron ideas puras y claras de los verdaderos principios de esta ciencia; y que si algunas veces los descubrieron, los perdieron con prontitud de vista, y casi nunca sacaron de ellos las consecuencias mas inmediatas y precisas. En cuanto á los que se persuaden que sobre la moral nada resta que decir, creemos poderles demostrar que hasta aquí no se ha hecho mas que ir acopiando los materiales suficientes para construir un edificio, que las meditaciones reunidas de los hombres podrán algun dia concluir y perfeccionar: los antiguos nos han suministrado una gran parte de estos materiales; algunos modernos despues los han aumentado considerablemente: así que la posteridad, aprovechándose de las luces y de los defectos de sus predecesores, podrá dar con el tiempo la última mano á esta grande obra. El famoso templo de Efeso se edificó á costa de todos los reyes y pueblos del Asia; el



templo de la sabiduría debe erigirse con los trabajos comunes y reunidos de todos los entes racionales.

En general puede decirse con verdad que los primeros esfuerzos de la filosofía, por falta de sólidos principios, solo produjeron muchos errores mezclados con algunas verdades. El espíritu sutil de los Griegos los alejó de la sencillez; su imaginación llevó las cosas al extremo; la filosofía vino á ser entre ellos una pura charlatanería, la cual cada uno encarecía y ponderaba en su favor; el amor propio de todo cabeza de secta le hizo creer que él solo había encontrado la verdad, al paso que todas las sectas se apartaban igualmente de ella por caminos diferentes; así el objeto de estos pretendidos sabios no parece que fue otro sino el de contradecirse, desacreditarse, combatirse, enredarse y confundirse los unos á los otros con sofismas y sutilezas interminables. La sana filosofía sinceramente ocupada en la indagación de lo útil y verdadero, no debe ser fanática ni escésiva, ni proponerse cosas incomprendibles é impracticables; debe prevenirse y armarse igualmente contra el entusiasmo que contra una vanidad pueril y contra el espíritu de oposición: siempre de buena fé consigo misma, siempre serena, solo debe seguir la razón ilus-

trada con la experiencia, la única que nos muestra los objetos tales como son en sí: debe recibir la verdad de manos de cuantos se la presenten, y desechar el error y las preocupaciones, sea cual fuere la autoridad en que se apoyen.

Ademas los filósofos de la antigüedad tuvieron sin duda un fin particular en cubrir de nieblas su doctrina: los mas, para hacerla mas inaccesible al vulgo ignorante, usaron de *doctrina doble*, una pública, y otra particular ó privada, que es muy difícil distinguir en sus escritos, sobre todo despues que el transcurso de tantos siglos ha hecho perder la clave. La filosofía, para ser útil en todas las edades y á todos los hombres, debe ser franca y sincera; la que solo es inteligible en cierto tiempo y para los iniciados en ella, viene á ser una enigma inesplicable á la posteridad.

Por lo tanto no sigamos ciegamente las ideas de los antiguos: no adoptemos sus opiniones ó sus principios sino en cuanto el examen nos los muestre evidentes, luminosos y conformes á la naturaleza, á la experiencia y á la utilidad constante de los hombres de todos los tiempos: aprovechémonos con agradecimiento de una multitud de máximas sabias y verdaderas, que los mas célebres filósofos de la antigüedad nos han transmitido envueltas con una mul-



titud de errores : distingámoslas, si es posible, de las que el entusiasmo ha producido. Sigamos á Sócrates cuando nos recomienda que nos *conozcamos á nosotros mismos* : escuchemos á Pitágoras y á Platon cuando nos dan preceptos inteligibles; recibamos los consejos de Zenon cuando los hallemos conformes á la naturaleza del hombre; dudemos con Pirron de aquellas cosas cuyos principios hasta aquí no han sido bien desentrañados; empleemos la sutileza de Aristóteles para descubrir lo verdadero, tan frecuentemente confundido con lo falso. Mas en el momento mismo que descubramos el error, no debe la autoridad de estos nombres respetables avasallarnos ni obsecarnos en manera alguna.

Discurriendo sobre la moral, no profundicemos hasta los abismos de una metafísica sutil ó de una tortuosa dialéctica : las reglas de las costumbres, como que son universales, deben ser claras, sencillas, demostrativas y á la comprehension y alcance de todos los hombres : los principios fundamentales de nuestras obligaciones han de ser tan evidentes, eficaces y generales, que cada uno pueda convencerse y sacar de ellos las consecuencias relativas á sus necesidades, y á la clase ó estado que ocupe en la sociedad.

Las nociones obscuras, abstractas y em-

plizadas, las autoridades á veces sospechosas, un fanatismo exaltado, no pueden ilustrar ni servir de guía segura. Para que la moral sea eficaz, es necesario dar al hombre razon de sus preceptos; es preciso hacerle conocer los motivos poderosos que le estimulan á seguirlos; es forzoso enseñarle en que consiste la virtud; es indispensable, enfin, hacérsela amar, mostrándosela como el origen de su felicidad. El entusiasmo y la autoridad humana, si para algo sirven, es solo para gobernar por algun tiempo á pueblos ignorantes ó inesperados, cuyo entendimiento no está bien ejercitado todavía.

Asombrar á los hombres para persuadirlos, trastornar el entendimiento humano con enigmas y misterios, deslumbrarle y sorprenderle con maravillas, tal fue por lo comun el método de los primeros sabios que se encargaron de la instruccion y del gobierno de las naciones groseras : mas si estos primeros legisladores recurrieron por imposturas á lo sobrenatural para someterlos á las reglas que quisieron prescribirles; si para gobernarlos, se valieron del entusiasmo, que nunca piensa ni reflexiona; y de lo maravilloso, que hace mas impresion en el vulgo que los mejores raciocinios, estos medios no son ya oportunos ni á propósito, cuando se habla á pueblos



menos salvajes, y que han salido de su infancia. El hombre, cuanto es mas racional, mas debe obedecer á la razon; los filósofos deben consultar y seguir su propia naturaleza; y los legisladores obligarle á obedecerla.

Los Moralistas modernos, casi siempre arrastrados de la autoridad de los antiguos, han seguido fielmente sus huellas, sin esforzarse por su parte en abrir nuevos caminos para el descubrimiento de la verdad: los mas de ellos, por no examinar al hombre con bastante atención, no le han visto como es en sí; creyeron segun algunos antiguos, que recibia de la naturaleza ideas que llamaron *innatas*, con cuyo auxilio juzgaba sanamente del bien y del mal: miraron la razon, la virtud, la justicia, la benevolencia, la piedad, como cualidades inherentes á la naturaleza humana; segun ellos, esta ha grabado en todos los corazones las verdades primitivas, el amor del bien, el aborrecimiento del mal moral, sobre todo lo cual el hombre juzgaba sana y rectamente ayudado de un *sentido moral*, esto es, de una cualidad oculta, de un cierto *criterio* que traia consigo al nacer, y que le facilitaba el pronunciar y decidir sobre el mérito ó demérito de las acciones. Envano ha demostrado el profundo Locke que las ideas *innatas* son unas verda-

deras quimeras: estos moralistas persisten en su preocupacion, y creen, ó intentan persuadir, que el hombre, aun ántes de haber experimentado el bien ó el mal que resulta de las acciones, es capaz de resolver si son buenas ó malas. Nosotros, con el dictámen de filósofos mas ilustrados, harémos ver que el hombre no nace sino con la facultad de sentir, y que su modo de sentir es el verdadero *criterio*, ó la sola regla de sus juicios ó de sus sentimientos morales sobre las acciones, ó sobre las causas cuyos efectos experimenta; verdad tan palpable, que sorprende ciertamente que haya habido y aun haya hombres á quienes sea necesario demostrársela. Enfin, harémos ver que las leyes ó reglas que se supone escritas por la naturaleza en todos los corazones, no son mas que consecuencias necesarias del modo con que los hombres han sido instituidos segun ella, y de la manera con que cultivaron sus disposiciones particulares. El verdadero sistema de nuestros deberes ha de ser el que resulta de nuestra propia naturaleza convenientemente modificada.

Otros, con Cudword, fundaron la moral en las *reglas* ó en las *conveniencias eternas é inmutables*, que suponen anteriores al hombre, y totalmente independientes de él. Es